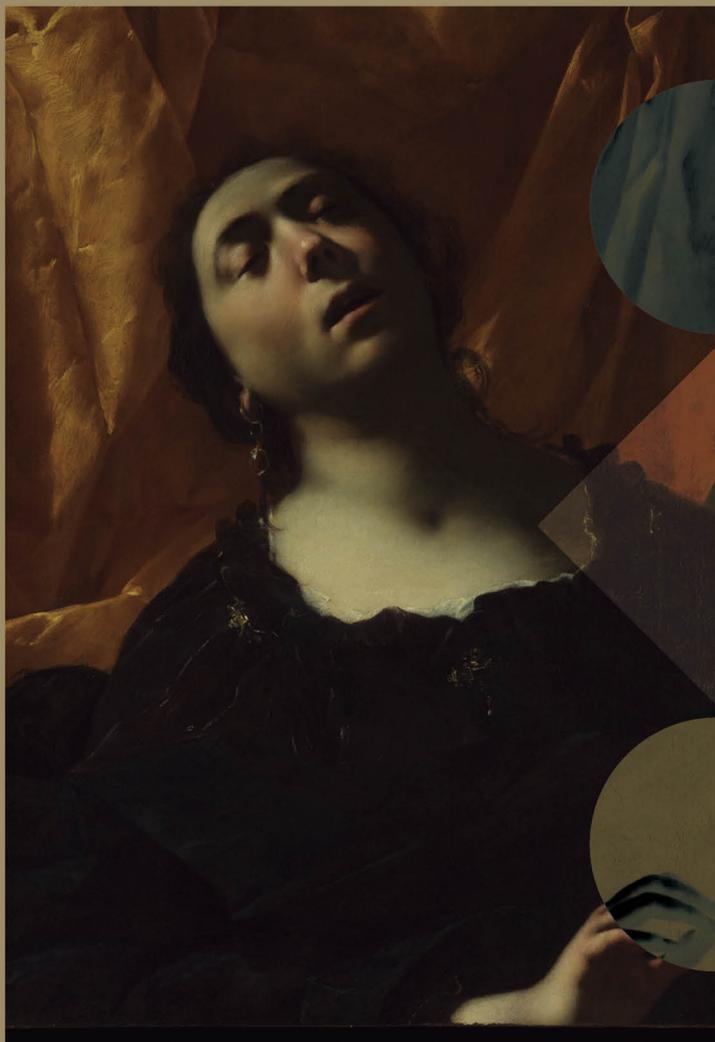


Marta Sanz

Corpórea

Poesía 2010-2022



La Bella Varsovia / Poesía

Corpórea

*(No quiero perder a mi animal.
Que no se vaya)*

Poesía 2010-2022

Marta Sanz

NO SOY UNA ESCRITORA DE QUINCE AÑOS.
No soy una madre de quince años.
Ni una hija.

No soy una novia de quince años.
No soy una paciente de quince años.
Ni una enferma.

No soy una muchacha de quince años.
No soy una poeta de quince años.

En ninguno de los casos,
tengo ya ningún futuro.

EN MI SUEÑO POLÍTICO
friego
con un potente y destructor
producto antigrasa
el frente mugriento
de una cocina.

Sale el blanco
bajo el amarillo
y yo
comparto la casa
con un
feroz,
pasado y criminal
presidente del gobierno.

Al final de la historia
(eres una perra, una perra y una perra),
la comadreja
me cae simpática
porque alaba
mucho
mi trabajo.
Mucho.
Mi trabajo.

CUANDO LIMPIO,
persisto
en restregar
con mi trapo
más allá
de lo que mis ojos
pueden percibir.

Sé
que, por debajo,
está la mancha
y que mi trapo,
mi fuerza,
yo persisto,
nunca
alcanzarán
esa sombra
que me culpa
y hace
que todo
tenga
mal olor.

QUE UN HOMBRE ME CUENTE UNA HISTORIA
—suicidio con pastillas,
fábula,
cuento de la lechera,
sus hemorroides,
la enfermedad de la mujer con la que vive—
es un sucio regalo.
Inmerecido.

Es mucho más higiénico
que procure
meter
su dedo índice
dentro
de la huella
de mi cordón
umbilical,
y escarbe
mientras yo me acurruco
como una niña
y
desde
mi dentro de mí
alguien le mira
por un agujerito.

Es gratis.

EL POEMA ES UN ESPACIO.
Mide cinco por tres centímetros.
Es un piso de protección oficial.

TENEMOS
ya más
de cuarenta años
y podríamos
decir
una vulgaridad
portentosa:
aún
ignoramos
quién
nos espera
al fondo del espejo.

LUEGO
llegaron los relatos.
De humo,
biela y vapor,
carbonilla en el iris de una dama hermosa.
La punta de un pañuelo.
La velocidad. Y el romanticismo.

Mi abuelo contaba
historias de trenes cavernícolas.
Se le iluminaban los ojos
con la luz
de los dos faros que rompen:

el espesor de la bruma. La noche prieta. El túnel.

ELLA LE TAPA LOS OJOS
y los dos se olvidan
de cómo se llaman.

O, al revés, pronuncian
con intensidad sus nombres,
la piel,
sus apellidos,
y así cada beso
les da
un poco de asco
y les sabe mejor.

YO TUVE MIL AMORES
y quinientos racimos de uvas.

Un lobo blanco
me comió los coágulos del vientre.

De no haberlo hecho,
por las rayas de mis palmas
líquidos de embalsamadores
le habrían paralizado
poco a poco
piel, osamenta y colmillo.

Cristo de Medinaceli
sonríe
sobre el mueble fúnebre
de la televisión.

(Menos mal
que me dejó bien muerta
con un golpe insecticida).

Yo tuve mil amores
y quinientos racimos de uvas.

SUEÑO CON que protejo en mi regazo un águila imperial. Está enferma y le doy miedo. Se siente amenazada y por eso araña con sus garras la piel de mi esternón. Pero está demasiado débil o tal vez poco a poco se acostumbra o se resigna o se da cuenta de que soy su única oportunidad de sobrevivir. Me muerdo los labios para no gritar. Me hace muchísimo daño, pero no quiero que nadie note el bulto que escondo por debajo de mi blusa. El pájaro se mueve cada vez menos. De vez en cuando le echo un vistazo. Va perdiendo plumas y la resistencia de sus alas, su envergadura rígida, se ha reblanqueado. El águila empieza a parecerse a un pollo muerto de los que embucho de tomate y limones para meter al horno. Alrededor de mis pezones se extienden un par de rosáceas gotitas de sangre. La gente mira. El águila está a punto de morir. Boquea. Me leo a mí misma y me doy un diagnóstico: mis sueños son otra vulgar metáfora del desvalimiento de los hijos. Yo no tengo y tampoco soy el águila. Me parece.

A VECES ME pregunto si es primero la gallina o el huevo. Me entra la duda cartesiana de no saber si primero vino la pena y después la pena se somatizó en mis costillas o mis costillas y sus agujones hicieron que la pena se transformase en algo que está a punto de ser patológico. Pienso en el significado de las palabras endógeno y exógeno, y encuentro sus concomitancias y sus siete diferencias: no es lo mismo no poder pagar un alquiler, darles a tus hijos leche rebajada con agua, que sentir la carencia en el cerebro de una sustancia que, por ejemplo, nos ayude a atenuar cotidianamente el sentimiento trágico de la vida. Pienso que tengo derecho a ciertas enfermedades. Me las he ganado a pulso. Porque el mundo es casi siempre una mierda y cuesta un esfuerzo hercúleo tirar del carro.

PEREZA

1

Creo que te entiendo cuando me hablas.
Mis arrumacos son tus objetos de burla
y te ríes, mientras sueñas,
de toda mi ingenuidad.

«Tonta, inepta, pervertida
—me gritas en los sueños—.
Como me dejes, te vas a enterar».

Yo oigo tus códigos morse
y tiritito
en el rincón.

2

Sueña mi gata con voces, aprende idiomas y le brotan manitas pequeñas, garras de pájaro lindo, células que no mueren ni debajo de la tierra y necesitarán atenciones de manicurista china. Mi gata tiene la cutícula rebelde y prefiere el esmalte de lapislázuli. Mientras sueña mi gata con sus vanidades, miles de vampiros la magullarán.

3

Finjo que mando en mi casa.
Orino territorio.

Me tiendo en mi camita.
El fuego avivo
del hogar.

Mi gata, hospitalaria, me hace hueco
y me mira llena
de conmiseración.

Mi gata es la señora
que paga el alquiler.

HUELGA GENERAL 2012

Bajar los brazos.

Desajustar la tuerca
de la máquina.

Dejar
de fabricar billetes de quince,
moneditas
llenas de microbios.
Saben a lo mismo
el hierro y la sangre.

Estarse quieto.
Moverse
como en el escondite inglés.
Cuando no miran.

Ensuciar el cloro de las piscinas azules.

Reconstruir
los nidos
de las viviendas sociales.

Darle de beber
a un niño nervioso
un vaso de leche.

Cerrar los puños.

HAY PERSONAS QUE
te sacarían el corazón de su caja metálica
y lo estrujarían dentro de su puño
hasta reducirlo a un polvo
de cristales color rubí.
Arena roja del reloj y el émbolo.

La imagen es transvanguardista:
tengo que mirar dos veces
el emoticono del puño cerrado
para adivinar, entre sus falanges,
el piquito corazón
de una baraja
francesa.
Es el único indicio
de que alguien quiere
reventarlo dentro
de su caucásico puño.

Por entre las ranuras
de la prensa mano
sin aire
rezuma líquido gelatina
que servirá para la elaboración
de alimentos infantiles.

Sin gluten.

Corpórea reúne la poesía que Marta Sanz ha escrito entre 2010 y 2022, desde su obra publicada —poemarios, plaquettes y «esquirlas» de novelas— a dos conjuntos inéditos: *Ruinas homenaje perfectamente modernas*, textos cohesionados por la reflexión sobre pensamiento y lenguaje, y la visión política y pandémica de *Monjitas*.

Estos poemas surgen del cuerpo. Del cuerpo en relación con una misma y con la identidad propia, también con los demás: y por aquí asoman el amor y el sexo y el deseo, la familia, la otredad, el tiempo que transcurre y se nos marca. Surgen del cuerpo como fisicidad del pensamiento, planteándose la necesidad —la utilidad— de la escritura, la lectura como el símbolo de la interpretación, y aquí la ideología: la ideología, sobre todo. Y a la vez surgen de una escritura fiera y radical: «No quiero perder a mi animal./ Que no se vaya», nos advierte Marta Sanz.

«Quiero para mí el enervante afán, la valentía de ir a fondo que solo tienen los autores bestiales como ella.» (Leila Guerriero, *El País*)

«Propone en cada publicación una dosis de riesgo en la que, sin embargo, siempre retumban notas comunes. Con un dominio absoluto del lenguaje, regala piezas soberanas. (...) Su poesía hace ruido, es ensordecidora y tremendamente combativa.» (Rocío Niebla, *ctxt*)

«Poesía rebosante de originalidad, frescura y una asombrosa capacidad de sorprender al lector en cada poema.» (Acta del jurado del Premio de la Crítica de Madrid 2013 por *Vintage*)